



TIEMPO DE MEMORIA

# Andreu Navarra

# BOHEMIA Y BARRICADAS

Barcelona, 1888-1939  
Una historia cultural

TUSQUETS  
EDITORES



ANDREU NAVARRA  
BOHEMIA Y BARRICADAS  
Barcelona 1888-1939  
Una historia cultural

TUSQUETS  
EDITORES

1.ª edición: abril de 2025

© Andreu Navarra, 2025

Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)  
ISBN: 978-84-1107-607-4  
Depósito legal: B. 3.992-2025  
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores  
Impresión y encuadernación: Unigraf, S.L.  
Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



# Índice

Primera parte: Comedias y barricadas (1888-1906) . . . . .	9
Segunda parte: Huelgas y filosofía (1906-1923). . . . .	87
Tercera parte: Artistas y dictadores (1923-1940). . . . .	217
Epílogo optimista . . . . .	321
Apéndice	
Bibliografía . . . . .	331

Primera parte  
Comedias y barricadas  
1888-1906

Hacia 1880, un niño se adentra en un comedor patriarcal. Lleva un libro, lo apoya sobre un porrón de vino y comienza a leer. Tiene una salud frágil, está paliducho, no le gusta salir a jugar bajo el sol, en la calle, como hacen los demás niños. Además, es tímido y muy comedido: al joven Prat de la Riba le gusta leer cerca de la chimenea encendida.

Su padre, que llegó a ser alcalde de Castellterçol, era liberal sagastino. Casi lo mata la decisión de Valentí, el hermano de Enric, de hacerse carlista. Además tuvo la mala fortuna de morir durante uno de los combates. En aquella época, Enric se arrodillaba cada noche antes de irse a dormir, costumbre que no solo conservó de adulto, sino que también amplió a los trayectos en coche. Prat rezaba antes de meterse en un automóvil y, según Rovira i Virgili, que fue su secretario de prensa, Prat pensaba que los ateos olían mal.

Un día, siendo aún un niño, se adentró en el despacho paterno y se puso a revolver entre legajos y papelotes. Descubrió algo que le cambió la vida: un ejemplar del periódico que impulsaban Àngel Guimerà y Pere Aldavert desde Barcelona. ¡Un periódico en catalán! El jovencísimo Enric pidió y rogó a su padre Esteve Prat de la Riba que se suscribiera al diario catalanista. En 1881, leyó las protestas que se habían extendido por toda Cataluña contra los proyectos librecambistas del gobierno central. Así que se animó a pedirle a su madre, María Sarrà, que le comprara una *barretina* roja, el emblema de los catalanistas.

Ya se veía que el chaval era muy aplicado, así que sus padres decidieron enviarlo a estudiar a un buen colegio de Barcelona,

el Franco-Español de San Miguel. El centro era muy prestigioso porque proporcionaba una sólida formación cultural y espiritual. Lo acogieron en su casa unos amigos de la familia que veraneaban en Castellterçol con los Prat, y que el niño conocía como la *tieta* y *l'oncle*. Josep Carné Cassart y Teresa Brunet, que se ocuparon de Enric, regentaban un café en Riera de Sant Joan esquina calle de l'Infern; el lugar fue borrado del mapa en 1908 cuando se iniciaron las obras de apertura de la Via Laietana. Luego, la familia se fue a la calle Petritxol, y más tarde a la calle de Vergara, muy cerca de la plaza de Catalunya.

Allí, en Barcelona, con los Carné, el joven Prat continuó devorando obras de historia europea y filosofía (Esculies, 2017: 40-43).

Su ciudad adoptiva había crecido mucho. En 1854 se derriban las murallas que la encorsetaban y la convertían en un foco de enfermedades infecciosas. El Plan Cerdà, que se aprueba seis años después, pone las bases del Eixample, una ampliación diez veces mayor que el núcleo inicial. Entre 1860 y 1900, los habitantes de Barcelona pasan de doscientos mil a ser casi medio millón; la ciudad vieja contaba con nueve mil edificios, al finalizar el siglo XIX esa cifra se había triplicado, y el Eixample se tragó los demás municipios del llano, incorporados a la ciudad a partir de 1897. A mediados de siglo XIX la ciudad ya estaba muy industrializada: en 1854, unos veinte mil obreros trabajaban en cien fábricas textiles instaladas dentro de la ciudad. En julio de aquel mismo año, tras un exitoso levantamiento progresista que tumbó al gobierno, se vivieron escenas de pánico en esas fábricas que estaban instaladas en el Raval. Una multitud de individuos armados empezaron a incendiarlas. El 14 de julio de 1854 ardió la fábrica de Jacint Ferran y Pere Arnau, y no hubo muertos de milagro. Antoni Rovira, jefe de los bomberos, declaró que la nave se había convertido en un auténtico volcán. El 30 de agosto le tocó el turno a la fábrica de Antoni Romaní.

Pero no todo era ludismo y furia revolucionaria en la ciudad.

No faltaron motivos para la gloria guerrera: en 1860, el presidente de la Diputación de Barcelona, el escritor masón Víctor Balaguer, a petición del general Joan Prim, organizó un contingente de cuatrocientos voluntarios que marcharon, en 1860, a la guerra de África, a luchar por la patria cubiertos con la típica *barretina*. El 6 de febrero, tras tomar Tetuán, la mitad de aquellos soldados había muerto. Tras la batalla de Wad-Ras (23 de marzo), los marroquíes, que habían combatido con una disciplina inesperada, pidieron la paz. Habían muerto cuatro mil españoles, tres mil a causa del cólera, y los voluntarios catalanes que habían sobrevivido empezaron a regresar a sus casas. Hubo en Barcelona quien se mofó con irreverencia de estos ardores patrióticos y guerreros. Efectivamente, dos de los primeros *singlots poètics* («hipos poéticos») del frenético dramaturgo Frederic Soler fueron dedicados a la guerra de África: *La botifarra de la llibertat* y *Les píncoles de Holloway o la pau d'Espanya*.

En la Barcelona del siglo XIX vivieron muchos personajes curiosos. Uno de ellos fue el ingeniero Narcís Monturiol, cuya profesión era la de inventor. En 1859, el ampurdanés consiguió hacer funcionar un submarino en las aguas del puerto de Barcelona, el *Ictíneo*. Dos años después insistió en su empeño de hacer navegar un barco submarino. Gracias a una suscripción popular que le proporcionó trescientas mil pesetas, Monturiol pudo construir el *Ictíneo II*, con capacidad para transportar a veinte tripulantes por debajo de las aguas del mar, y conseguir que funcionara, en octubre de 1863. Pero había un problema: como era republicano, ni la prensa ni las autoridades se interesaron por el proyecto, y Monturiol murió con sesenta y seis años de edad en la más completa miseria, en Sant Martí de Provençals, el 6 de septiembre de 1885. De haber nacido veinte años más tarde, otro gallo le habría cantado.

Afortunadamente, no todo eran telarañas e ignorancia. Los ferrocarriles, emblema del tiempo nuevo, empiezan también a proliferar y extenderse. El 5 de octubre de 1848 se realiza la primera prueba del primer tren peninsular español, que conecta

ba Barcelona y Mataró. El día 28 se inaugura oficialmente la línea. A partir de entonces, las vías crecen como una araña: la vía litoral inicial se extiende hasta Arenys de Mar y Blanes, donde toma el rumbo del interior, siguiendo el río Tordera, con el macizo del Montseny a la vista, y avanza hasta Maçanet, en la zona interior de la comarca de la Selva; allí enlaza con la línea de Granollers, culminada en 1854. El brazo sur del ferrocarril catalán siguió también una lógica industrial y llegó a Molins de Rei en 1855, luego a Martorell, y en 1865 ya había alcanzado Tarragona. Hoy esta línea sigue siendo la pariente pobre de la red.

Los trenes empezaron a llegar a Girona en 1862, y a Figueres, mucho más al norte, en 1877. Un año después se conquistaba la frontera francesa, y el publicista conservador Joan Mañé i Flaqué, el columnista más famoso de la ciudad, maestro y mentor del poeta Joan Maragall, puede proclamar a los cuatro vientos que por fin Cataluña se ha incorporado a Europa. La alegría no era para menos: el 20 de agosto de 1878 sale el primer tren expreso Barcelona-París.

Para quien no quería ir tan lejos se construyó el primer tren urbano barcelonés: el llamado ferrocarril de Sarrià, que Gaziel adoraba, inaugurado el 25 de junio de 1863, y que unía el nuevo centro de la ciudad, la plaza de Catalunya, con el municipio autónomo de Sarrià por la calle Balmes y atravesando las poblaciones de Gràcia y Sant Gervasi. Cuatro kilómetros en total. Este tren circuló por la superficie hasta 1929, momento en que fue soterrado, y estimuló la costumbre de tomar una segunda residencia de verano más o menos cercana.

Cataluña no iba muy desfasada en este aspecto respecto a la vida europea: la primera vía férrea del mundo, la que unió Manchester y Liverpool, se había inaugurado en 1828; la de Bruselas a Malinas y la de Núremberg a Fürth, en 1835; en 1837 la de Leipzig a Dresde y la de La Habana a Güines, la primera del Estado español, al que entonces pertenecía Cuba; en 1838 la de San Petersburgo a Tsárskoye Seló, la de París a Versalles y la de Estrasburgo a Basilea; en 1843, la de Basilea a Saint-Louis y la de Ámsterdam a Utrecht y a Arnhem.

La mente de la ciudad, y no solo sus brazos, también se desperzaba. En 1841 la Academia de Buenas Letras había acordado restaurar los Juegos Florales de origen medieval, que se celebraron de nuevo en 1859. Tengamos en cuenta que en noviembre de 1858 aún seguía vigente la macabra costumbre de colgar a los ahorcados en la vía pública, concretamente en el paseo de Gràcia. En 1842 la Universidad volvió a Barcelona y se clausuró la de Cervera, pero no tuvo un gran protagonismo en la vida de la ciudad: la cultura palpitaba en el Ateneu y en los cafés. En 1863 llegaba la primera novela moderna escrita en catalán: *L'orfeneta de Menargues o Catalunya agonitzant*, del historiador y literato Antoni de Bofarull. Bofarull andaba a la greña con Víctor Balaguer, líder visible del romanticismo liberal, porque este le afeaba que en su antología *Los trovadors nous* (1858) no hubiera incluido ni a Josep Anselm Clavé ni a Francesc Camprodon. En 1846, se instalaba en Sants la industria de vapor más antigua de la ciudad, el Vapor Vell, propiedad de Joan Güell. En 1850, se constituye la Academia de Bellas Artes; un año después, se inaugura la Escuela de Ingenieros. En 1859, en el Teatro Odeón, con la ayuda del también escritor Manuel Angelon, Víctor Balaguer fundó una exitosa academia de declamación, de la que se benefició la calidad del teatro local.

La ciudad se tecnifica y se cultiva poco a poco, aunque sigue arrastrando deficiencias graves. La epidemia de cólera de 1865 provocó la muerte de 3.765 personas; la de 1870, 2.967. La primera compañía de aguas con que contó la ciudad llegó en 1867, y se llamó Compagnie des Eaux de Barcelone. Entre 1862 y 1873 fue construido el actual edificio histórico de la Universidad de Barcelona, diseñado en un estilo ecléctico neomedieval que combinaba elementos de los estilos románico, bizantino e islámico. El arquitecto fue Elies Rogent (1821-1897), restaurador del monasterio de Ripoll y profesor de Lluís Domènech i Montaner y de Antoni Gaudí. El puerto se adecentó entre 1868 y 1874, lo que permitió que Barcelona empezara a superar a Cádiz en tráfico de mercancías.

Al principio, la ocurrencia no acabó de ser entendida por el público de los teatros. Un individuo autodidacta estaba empezando a estrenar comedias en catalán. Algo nunca visto. Era el mismo tipo de los *singlots poètics* sobre la guerra de África. La ocurrencia acabó tomando vuelos y la gente encumbró al personaje, un relojero pintoresco y sin estudios, de talante muy progresista, que trabajaba en una rebotica cerca del puerto (calle Escudellers, número 80). Se llamaba Frederic Soler y firmaba sus trabajos como «Serafí Pitarra». Había nacido en Barcelona el 9 de octubre de 1839, con el romanticismo estético ya en declive. Con diecisiete años ya andaba estrenando obras de teatro, y las componía rápidamente, con una lengua abigarrada y popular, llena de localismos y palabras tomadas del castellano callejero. Se aplaudían con fervor sus piezas sainetescas que parodiaban aspectos de actualidad. Pitarra era chocarrero y popular, se mofaba de los grandes valores humanos, e inventó el humor característico del tiempo: el *xaronisme*. En esas comedias no triunfaban ni el amor ni el sacrificio, sino las bolsas de monedas y la astucia menos idealista. El 7 de agosto de 1865, Soler estrenó su *singlot* poético titulado *Liceístas y cruzados*, cuadro de costumbres en el que reflejaba la proverbial antipatía que se profesaban los partidarios del Teatro de la Santa Creu, o Principal, el más antiguo de la ciudad, en la parte baja de las Ramblas, el primer lugar en el que se había representado una ópera en España, y los insoportables intrusos e innovadores del Liceu. La guerra civil teatral se había instalado en la principal arteria de la ciudad a mediados del siglo XIX, y consta que liceístas y cruzados hubieran podido perfectamente dirimir sus diferencias a puñetazos en mitad de la vía pública.

En otro *singlot* de la época, *El boig de les campanilles*, estrenada en el Odeón el 24 de febrero de 1865, Pitarra se mofaba hasta de sí mismo, metiéndose en la propia trama de la comedia, así como también de su amigo Conrad Roure, que tomaba el nombre de Pau Bunyegues. Con ello quería demostrar que le traían completamente al paio las críticas que se le vertían desde los sectores más académicos de la ciudad, entre los cuales se encontraban no pocos impulsores de los Juegos Florales. Sin

embargo, entendámonos: Pitarra era muy sensible a las críticas de las gacetillas y semanarios, pero no por eso iba a frenar la maquinaria dramática enloquecida que acababa de poner en marcha. El historiador Poblet calcula que Frederic Soler pudo perfectamente crear medio millar de personajes entre bufones y caracteres más serios. El 1 de julio de 1871, se anunciaba en el periódico *La Renaixensa* que iba a ponerse a la venta una cuarta edición de *Les joies de la Roser o la pubilla d'Hostalric* con una tirada de veinte mil ejemplares.

En la obra no salían muy bien retratados los carlistas, que acababan de tomar la ciudad de Manlleu. Su líder, el general Francesc Savalls i Massot, un hombre con fama de duro y cruel, lo supo y se presentó en Barcelona a caballo. Nadie lo molestó. Savalls compró tranquilamente su entrada para asistir al estreno de la obra. Lo peor fue que tanto Frederic Soler como los actores lo reconocieron y no les llegaba la camisa al cuerpo. Ya se veían presos o muertos. Sin embargo, cuando terminaron, Savalls se mostró entusiasmado y elogió calurosamente la obra, antes de irse por donde había llegado y volver a su cuartel general de la comarca de Osona.

A Frederic Soler al final le salía la gloria por las orejas. En 1887, recibió cinco mil pesetas de la época de la Real Academia Española, que premiaba así su celebrada comedia *Batalla de reines* y un poco también toda su trayectoria literaria. El dictamen lo firmaban, entre otros, Víctor Balaguer, el marqués de Molins, Antonio Cánovas del Castillo (que había cultivado la crítica teatral en su juventud), el poeta Gaspar Núñez de Arce (gobernador civil de Barcelona durante dos semanas, al calor de la Revolución de 1868), y Marcelino Menéndez Pelayo. Al final, Soler imitaba los trucos de Echegaray para que el público continuara siéndole fiel. Sin embargo, murió amargado: se dio cuenta de que Àngel Guimerà, mucho más dotado literariamente, lo había superado y marginado.

Si bien unas décadas antes había arreciado la guerra entre los partidarios del Liceu y los del Teatro Principal, o de la Santa Creu, en los noventa la gran rivalidad se asentaba sobre la bandera del Romea, con la dramaturgia de Frederic Soler, y la del

Novedades, donde reinaba Guimerà. En 1894 estalló la tensión: Guimerà estrenó *Jesús de Natzaret* en el Novedades, y Soler, *Jesús*, en el Romea. La obra de Pitarrá adoleció de cierta improvisación: el viejo campeón continuaba haciendo las cosas como se habían hecho siempre, es decir, con una mezcla de ternura, sensiblería y cara dura. Sin embargo, Guimerà cuidó mucho más su producción, los ensayos fueron serios y las ambiciones artísticas, sencillamente superiores. Además, Soler era un *comediógrafo*, y Guimerà un *poeta*. Ya Pitarrá no levantó cabeza y murió aquel mismo año.

Eugenio d'Ors odió a Pitarrá con intensidad, por todo ello, a partir de 1906. Lo acusaba de haber rebajado el gusto del público hasta niveles ínfimos. Otros ingenios posteriores a Soler más desinhibidos, como Santiago Rusiñol, no solo lo reverenciaron como el creador del teatro catalán moderno, sino que imitaron su humor *xaró* y lo actualizaron en el siglo xx. Tampoco se entiende la obra del picarón Francesc Pujols sin la de Soler; el filósofo Pujols llegó a adaptar piezas de Pitarrá ya muy entrado el siglo xx, por ejemplo, *Ferrer de tall*, en 1922, con la actriz Mercè Nicolau en el reparto y música de Enric Morera. De algún modo, no se entienden las *depuraciones* de Rusiñol y Adrià Gual a finales del siglo xix si no se comprende bien la chabacanería general en la que se desenvolvía el teatro barcelonés desde los tiempos de la guerra de la Independencia.

No hay duda de que Soler sentó escuela y normalizó la presencia del catalán sobre las tablas barcelonesas, pero ya el historiador Josep Maria Poblet se dio cuenta de que Josep Robrenyo era un antecedente claro. Robrenyo formaba parte de la primerísima generación romántica: había nacido en 1768 y había empezado a escribir teatro en catalán, castellano y obras bilingües durante los años de la guerra de la Independencia, llamada «del Francès» en Cataluña. Grabador de oficio, colgó las herramientas para empezar a estrenar en el Teatro Principal, que entonces aún se llamaba de la Santa Creu. Su primera obra se estrenó allí el 11 de septiembre de 1811.

Robrenyo era una especie de mezcla de pícaro y empresario. Cuentan que un día se hartó de ver su teatro vacío, e ideó una

treta para llenarlo hasta la bandera: hizo pintar un barco maravilloso en un cartel y anunció una obra extraordinaria en la que se presenciaba un naufragio con palabras muy vivas. La gente entró en tropel para asistir a la comedia, pero el barco prometido no aparecía por ningún lado, y ni siquiera tenía nada que ver con el texto representado. El público empezó a enfadarse, y gritaba: «*Que surti el barco! Que surti el barco!*». Desesperado, temiéndose un motín o un linchamiento, el autor optó por sacar a escena el cartel de la calle, y los aplausos fueron estruendosos. La anécdota nos pone sobre la pista de los llamados «mamarrachos», carteles barrocos y expresionistas que anunciaban comedias de nombres larguísimos y circunstancias alambicadas y rocambolescas, reflejo de los gustos depravados de la época (Poblet, 1979: 75).

Robrenyo murió en aguas caribeñas durante un naufragio (la cosa tiene su qué), justo dos meses antes de que naciera Frederic Soler, en 1839. Soler se convirtió con los años en el empresario y director del Teatro Romea. Recogió, de algún modo, la tradición desenfadada de Robrenyo pero pronto se tuvo que dar cuenta de que el teatro catalán y barcelonés necesitaba más sistema, más orden, y unas bases más serias. En 1874, el Romea programó la primera obra teatral de Dolors Monserdà, *Sembrad y recogeréis*, y muchos años después, la segunda, escrita ya en catalán: *Teresa o un jorn de prova*. En esa etapa de madurez, el teatro de Soler se templó y se aburguesó, pero sus producciones catalanas alcanzaban éxitos nunca vistos. Pitarrà, que ha sido comparado con Rabelais, participó en el Primer Congreso Catalanista (1880), formó parte del Centre Català y en 1885 fue uno de los próceres que viajó a Madrid para entregar al rey Alfonso XII el *Memorial de Greuges*, un informe que reclamaba mejoras para Cataluña y lamentaba errores del pasado. Murió en 1895 y su entierro fue una manifestación impresionante de fervor popular. Como muchos otros fundadores del catalanismo político decimonónico, como Valentí Almirall mismo, el más importante, Frederic Soler fue un republicano federal convencido. Con Clavé eran tan amigos que cuando este tenía algún problema con la justicia o las fuerzas del orden, sabía que podía

refugiarse en la rebotica de la relojería de su amigo dramaturgo. En esa rebotica se cocinaban las turbulencias políticas de la ciudad y los periodiquillos satíricos de la época, que se hacían y desaparecían con inusitada rapidez, impresos casi todos por Innocenci López. En la tertulia de la relojería de Pitarra se reunían los poetas, intelectuales, escritorzuelos y agitadores más importantes de la Barcelona de la época: Valentí Almirall, Soler i Rovirosa, Pitarra, Conrad Roure (autor de unas memorias fundamentales), Modest Urgell (pintor y comediógrafo), Eduard Aulés (comediógrafo y zarzuelista), Josep Feliu y Codina (jurista, periodista y dramaturgo), Albert Llanas (llamado «el Quevedo catalán»), los hermanos Altadill (novelista uno, poeta el otro, y ambos bohemios redomados), entre muchos otros personajes variopintos. Uno de los tertulianos más raro y chistoso era Pompeu Gener, «Peius», dandi, filósofo y humorista, pensador tan importante como su continuador, Francesc Pujols. Soler recibía a toda aquella gente sin descuidar el negocio. Pitarra y Clavé eran tan amigos que incluso fueron enterrados juntos, en el panteón del famoso músico, en 1895.

Por eso se asustó el dramaturgo relojero cuando un mozo de escuadra le entregó una citación para que se personase en la Capitanía General, cosa que Serafi Pitarra hizo inmediatamente con el miedo en el cuerpo. Al final no se trató de nada que le pudiera perjudicar, o no de manera directa. La situación era la siguiente: el 17 de septiembre de 1868 el almirante Juan Bautista Topete protagonizó en Cádiz una insurrección antiborbónica. El militar había redactado un manifiesto y lo había leído a bordo de la fragata *Zaragoza*. Era el clásico pronunciamiento liberal español, pero este tuvo la fortuna de tener éxito: la escuadra en bloque apoyó a Topete y, desde tierra firme, el general Juan Prim se adhirió a la revolución. Eran los primeros pasos de la Gloriosa, que se consolidó el 28 de septiembre cerca de Córdoba, en la batalla de Alcolea, en la que los sublevados, al mando del general Serrano, vencieron al ejército isabelino y Madrid comprendió entonces que se tenía que sumar a la intentona.

Ocupaba la Capitanía General de Barcelona el conde de Cheste, furibundo dinástico. Rápidamente, el militar quiso redactar un mensaje de apoyo a Isabel II y se lo encargó a dos soldados de su Estado Mayor. Estos dos eran catalanes, pero no sabían escribir en catalán, así que decidieron traerse al único que juzgaron capaz de hacerlo: Frederic Soler, «Pitarra». Así que el pobre relojero republicano tuvo que escribir al dictado un manifiesto tan ridículo que fue conocido como el *ban dels Paus, els Peres i els Berengueres*, porque terminaba de forma bien pintoresca: «¡Catalanes!: amad los tronos de los Peres y los Jaumes; de los Alfonsos, Isabeles y Fernandos. ¡Viva Isabel II! La Religión y la Monarquía legítima son el puerto de las naciones que se ahogan». Era el estilo habitual por estas latitudes...

Lo malo es que muchos creyeron que el papelito había sido idea de Pitarra mismo... Pero pronto se iba a ver que el orden necesitaría más que un bando ridículo para mantenerse en la ciudad. La multitud que quemó inmediatamente las barracas donde se cobraban los impuestos en las puertas de la ciudad, quienes entraron tumultuosamente en el ayuntamiento para empezar a arrojar mobiliario por las ventanas, y quienes arrastraron el retrato de Isabel II por las calles Ample, Regomir y Ciutat, antes de quemarlo en medio de la plaza de Sant Jaume, no eran precisamente amantes de los Alfonsos y Pedros y Fernandos y Felipes...

Todo este alboroto explotó mientras la reina veraneaba en San Sebastián, donde no tuvo más remedio que salir al exilio en un tren que la trasladó inmediatamente a Francia, el 30 de septiembre de 1868. El 2 de octubre ocurrió otro hecho memorable: en un acto de valentía suicida, el conde de Cheste salió de paseo solito y sin escolta por la Rambla. Cerca de la iglesia de Betlem, unos transeúntes le exigieron que gritara: «¡Viva Prim y muera la reina!», a lo que se negó el aún capitán general, que no dijo nada y siguió su camino, hasta que se giró frente a la turba amenazante que le seguía y gritó: «¡Muera Prim y viva la reina!». Al llegar a su palacio, en Drassanes, Cheste redactó y firmó su renuncia. Su sustituto, Joaquim Bassols, se puso incondicionalmente bajo las órdenes de la Junta Revolucionaria. Lo extraordinario es que Cheste saliera vivo del trance.

Seguramente nadie quería distinguirse como vengativo y sangriento, y la saña se cebó con objetos y símbolos. Una multitud se reunió nuevamente en la Rambla y se adentró en el teatro del Liceu para arrancar el retrato de la reina odiada. La gesta la protagonizó un personaje popular muy famoso, Tonet de les Capses, que entró en el teatro y exigió que le fuera entregado el retrato. El vigilante negó que existiera tal pintura. Y ya se iban los exaltados cuando un ciudadano sublevado recordó que se decía que en el interior del teatro había un busto de la soberana. Efectivamente, en el interior del Liceu había una escultura de Isabel II, obra de Andreu Aleu. Tonet de les Capses y sus compañeros ataron el busto y lo arrastraron Ramblas abajo hasta el puerto, donde lo arrojaron al mar.

Sin embargo, eran perros ladradores. La buena gente de Barcelona se arrepintió de lo que había hecho, y se sabe que seis años después de la hazaña, Tonet ayudó al escultor Rossend Nobas a recuperar el busto y reflotarlo. El artista lo guardó mucho tiempo en su taller. Curiosamente, el pedazo de mármol regio estuvo bajo el agua seis años exactamente, lo mismo que duró el Sexenio Revolucionario...

Uno de los exaltados que había arrojado el retrato de Isabel II a la calle desde una ventana del ayuntamiento era Valentí Almirall, fundador del catalanismo político. A diferencia de lo que se lee habitualmente, trazando un falso paralelismo con el nacionalismo vasco, las formulaciones iniciales del movimiento no bebieron del carlismo, sino de la izquierda radical. Almirall, como Pitarra o Ildefons Cerdà, era un federal convencido y totalmente tremebundo. Su folleto juvenil titulado *Guerra a Madrid* (ípoco expresivo!), editado en tinta roja, formaba parte de este planteamiento furibundamente anticentralista. Almirall fundó *La Campana de Gràcia* en 1870 y entre 1869 y 1872 fue publicando *El Estado Catalán*. En 1873 lo encontramos en Madrid para asistir al desarrollo de la Primera República, pero no es hasta 1879 cuando toma forma un proyecto fundamental: su *Diari Català*, el primer periódico moderno en lengua catalana.

Los ochenta fueron los años centrales en su trayectoria: en 1880 organiza el Primer Congrés Catalanista, en el Teatro Tívoli; en 1882 funda el Centre Català, tres años después redacta el famoso *Memorial de Greuges*; en 1887 publica *España tal como es*, un hito fundamental para el desarrollo de la prosa regeneracionista. Almirall, masón, fue uno de los impulsores de la Biblioteca Arús, uno de los centros culturales más activos, aún hoy, de la ciudad. El espacio es de lo más interesante y se conserva intacto: sus salas históricas están presididas por una reproducción de la estatua de la Libertad. Rossend Arús no pasó por la historia literaria sin aportar su granito de arena: su drama *La mà oculta* (1883) supuso una de las primeras piezas teatrales catalanas escritas en prosa, abandonando el verso. Le siguió en ese camino el dramaturgo Feliu i Codina. En 1893, la Biblioteca Arús adquirió ella sola veinticuatro mil volúmenes. Almirall le donó toda su biblioteca, es decir, más de cuatro mil libros, con un fondo especializado sobre el descubrimiento de América que contaba con primeras ediciones de Bartolomé de las Casas o Álvaro Núñez Cabeza de Vaca. Su tratado más sistemático, *Lo Catalanisme*, es de 1886. Después, con el cambio de siglo, su estrella se va apagando poco a poco.

No se entienden estos personajes progresistas de la época posromántica (Balaguer, Figueras, Pi i Margall, Lostau, Arús) sin un vistazo a las trayectorias de sus predecesores de mediados de siglo. En Cataluña, el republicanismo se había hecho fuerte en Barcelona y el litoral de Girona mucho antes de que se desarrollara en Madrid. Jordi Rubió i Balaguer ha escrito que «no era solo la voz de Víctor Balaguer la que sonaba aquellos años en otro tono. No olvido a Sol i Padrís. Hay que recordar la obra de J. Anselm Clavé. Comprometido en la revuelta del general Zurbano de noviembre de 1844, fue encarcelado en la Ciutadella y dicen que en su reclusión concibió la idea de crear los coros populares. Hacia febrero de 1845 fundó el primero: La Aurora. Lo siguió La Fraternidad y en 1855 el famoso Euterpe. El año 1856 Clavé fue exiliado; pero, una vez liberado, reemprendió los conciertos y los dio en los jardines dichos de La Nimfa, en el paseo de Gràcia, los cuales fueron ya llamados

Jardines de Euterpe. Los inauguró el 7 de julio de 1857» (1996: 240). En aquellos jardines se instaló el teatro llamado Prado Catalán, en 1863, donde triunfó el actor Ernesto Rossi interpretando fundamentalmente obras de Shakespeare y Calderón.

Muy cerca de allí, también en el paseo de Gràcia, se encontraban los jardines llamados Camps Elisis, hoy también desaparecidos. Allí es donde el cacique liberal de la ciudad, el banquero Evarist Arnús, construyó el teatro más lujoso de la ciudad, Liceu aparte: el Teatre Líric - Sala Beethoven, inaugurado en 1881. En sus tablas llegó a actuar Sarah Bernhardt, aunque fueron un feudo de dos de los actores más célebres del país: Rafael Calvo y Antonio Vico.

Por su parte, Balaguer era otro prodigio de la Naturaleza. Con quince años de edad ya empezó a estrenar obras de teatro, concretamente el drama *Pepín, el jorobado*. Poeta empedernido, incansable, fundador de incontables periódicos y revistas, cuando murió dejó tras de sí un centenar de libros. Se le considera un predecesor de Guimerà, y una vez, durante una revuelta, le quemaron la biblioteca, llena de libros de Voltaire y de Rousseau.

Los tumultos de 1856, los que obligaron a Clavé a marcharse, no fueron cualquier cosa, puesto que dejaron una estela de quinientos muertos y cerca de mil heridos. La idea de Clavé era apartar a los obreros de las tabernas y hacer que se dedicaran a cantar bellas canciones sobre flores y ríos. Que la gente se apartara de la prosa, la carbonilla y el humo y pudiera disfrutar activamente de la armonía del universo. Aún hoy en todas las ciudades catalanas hay alguna avenida dedicada a Clavé y numerosas estatuas dedicadas a su figura. En los años treinta, Clavé aún no era un prócer patrio y era «en Josepet de la Guitarra», un músico nómada que iba de taberna en taberna mostrando su arte, mientras el pionero del republicanismo catalán, Abdó Terrades, que llegó a ser alcalde de Figueres, escribía y estrenaba su obra antimonárquica *El Rei Micomicó* (1838), cuatro años antes de fundar su furibundo periódico *El Republicano*. En el Pla de Palau se había construido en 1837 una obra singular, los porches Xifré, donde se instaló el restaurante Les Set Portes, que durante muchos años funcionó como animado café cantante.

Otro amigo de Pitarra era el librero Josep Maria Codolosa, otro personaje pintoresco de la Barcelona ochocentista. También era asiduo de la relojería republicana del gran dramaturgo, y se dijo de él que llegó a pasar tanta hambre que tenía las orejas transparentes. Era viudo, se parecía a José Zorrilla, convivía con un hijo pintor y con una hija muy bella, y vivía de escribir poemas y comedias para que otros autores las firmaran. Pululaba por el Raval dando sablazos y vendiendo libros viejos. En 1883, instaló su negocio de librería en una escalera de la calle Hospital, entre Egipcíaques y Roig. Después se asoció con un tal Albert Colom, que tenía una parada en la esquina de la calle de las Cabras. Pero el arreglo duró poco porque los dos hombres no se entendían bien. Codolosa era fatal para los negocios: se sabe que un día vendió unas Constituciones medievales catalanas, es decir un incunable, que adquirió por diez reales y vendió por cinco duros, y encima lo celebró como una hazaña extraordinaria.

Otro día le vendió al también escritor Antoni Palau i Dulcet una edición de la poesía de Garcilaso de la Vega de 1788 por la astronómica cifra de un real. Codolosa era un espíritu libre que surtía de romances y pareados a los ciegos y a los mendigos que le pagaban algo por sus composiciones populares. Publicó muchos libros que hoy se pueden consultar en la Biblioteca de Catalunya, muy cerca de donde él adelgazaba y se consumía por el ideal: *Escardots*, *En les tombes*, *Memòries d'un pobre home...* Codolosa acabó instalando su negocio en la calle Hospital, 40, frente a la iglesia de San Agustín. En la placita de enfrente le gustaba rodearse de jóvenes extraviados y de poetas piojosos. Acabó viviendo en distintas habitaciones del barrio del Padró, completamente solo y sin un solo mueble aparte del catre. Los versos le salían por las orejas transparentes.

En la rebotica de Pitarra, Codolosa conversaba con otro escritor arruinado a quien llamaban «Gandul». Se trataba de Carles Altadill, hermano del muy laborioso novelista y secretario de Narcís Monturiol, Antoni Altadill. El Gandul logró escri-

bir dos comedias de un solo acto y un libro de poesía: *Llampecs entre tenebres*. En aquella época todo era muy tremebundo y cósmico. Con el apoyo financiero de los propietarios del *Heraldo de Madrid* y *El Diluvio*, consiguió editar cuatro volúmenes de un semanario que tituló *El Embustero*. Desconocemos el alcance informativo que pudo tener este papel. Se conoce que Altadill el Gandul no aguantaba mucho tiempo en ningún empleo. Perdía el tiempo entre figones y murió de tuberculosis en 1890.

La Navidad de 1893, Codolosa envió a Frederic Soler la siguiente felicitación: «En días de Navidad / me veo en cama postrado / tan pobre y necesitado / que es una barbaridad. / A usted, señor, al cual dio / numen el divino Apolo, / y a Talía, único y solo / mil laureles conquistó; / sabiendo que siempre es bueno, / magnánimo y generoso / compasivo y dadivoso / ante el sufrimiento ajeno, / vengo hoy, señor Soler, / creído que endulzará / mis penas y me dará / algo, si es que puede ser; / pues no ignora que anda escaso / el dinero entre poetas, / que descuidan sus gavetas / para atender al Parnaso. / No obstante, por poca cosa / que me dé, Don Federico, / se contará por muy rico / su admirador Codolosa. / Y con franca gratitud / por su noble caridad, / en Pascuas de Navidad / ruego a Dios le dé salud / fortuna y felicidad» (Poblet, 1979: 158). Se ignora si el ingenioso sablazo surtió efecto.

Entre 1872 y 1887 operó en Barcelona otro descendiente de Robrenyo, el autor y empresario Jaume Piquet. Este genio de la improvisación y la desfachatez más cándida era aún más estrafalario que Pitarra, y se agenció el Teatro Odeón para llevar a cabo su particular visión del teatro. Piquet se valía de toda clase de reclamos sensacionalistas, y con frecuencia llevaba a escena batallas campales y sitios que o bien se acababan de producir, o incluso continuaban en la vida real de la nación en el momento de ser llevadas a escena. De esta forma, el teatro de Piquet actuaba tanto de expresión poética como de noticiario general del reino, un poco como el Twitter actual.

A Piquet le encantaban los crímenes truculentos y sabía

sacar partido del grosero anticlericalismo que era tan del gusto de esa España primitivamente liberal. Se cuenta que era un alma bonachona y que daba una buena parte de lo que ganaba a los pobres. Una relación sucinta de alguno de los títulos que pergeñó nos da una idea de su carácter y del alcance de su ingenio: *La monja enterrada en vida o el secret d'aquell convent*, *El curandero de Sants*, *El terremoto de Casamicciola*, *El hijo del verdugo de Londres*, *La urraca ladrona*, *Amor hasta la tumba*, *El martes 14 de octubre o las inundaciones de Murcia*, *Dos llençols i un vestit negre*, *La Inquisición de Barcelona...* Arregló también para su abigarrada escena *Guillermo Tell*, *La dama de las camelias* y el *Don Juan Tenorio*. Una vez montó un cuadro satírico improvisado a partir de dos tristes sillas: colocándolas una junto a otra, hizo como que se trataba de un confesionario al que acudían un penitente y un sacerdote sordos, incapaces de entenderse. La gente se desternillaba con aquello.

El Odeón, situado en la plaza de Sant Agustí, había sido inaugurado mucho tiempo atrás, el 31 de marzo de 1850, reformado seis años después para poder albergar un café y una escalera nueva. Como curiosidad, recordemos que en su escenario actuaron por primera vez los coros de Clavé, precisamente en el año de su fundación. Luego fue también importante porque Frederic Soler fundó en él la sociedad La Gata, que fue la primera formación estable de teatro en catalán, en 1864. Al año siguiente, Soler mismo estrenaba allí su primera obra de larga duración, *Les joies de la Roser o la pubilla d'Hostalric*, que fue un éxito clamoroso y representó cierto avance en la producción pitarresca: de la comedia desenfrenada y grotesca, el autor había conseguido pasarse a la comedia de costumbres.

¿Cómo era el espectador que acudía al Odeón? Nos lo ha retratado el historiador Poblet: «Se trataba de un público entusiasta de los platos fuertes, que durante las representaciones se exaltaba y que, una vez terminado el espectáculo, dejaba el teatro lleno de cáscaras de cacahuets, de peladuras de naranja y de papeles con que se había envuelto la merienda, ya que la duración de las funciones era larguísima» (1979: 98). La gente pedía a gritos que se matara al «traidor» de las obras, o avisaba

al protagonista de que le acechaba algún facineroso escondido detrás de una cortina o un mueble. No era raro que algún actor pagara por las fechorías provocadas por su personaje ficticio, en la calle real, recibiendo pescozones y gritos. Todo este mundo era de una candidez conmovedora; esta Barcelona de comedia aún no se había convertido en la Rosa de Fuego.

Muy cerca de la catedral, en la calle de la Palla, número 2, vivían los Monserdà. El padre se dedicaba a religar y encuadernar volúmenes, la madre se reunía con los clientes y llevaba las cuentas. Por la rebotica de los Monserdà iba desfilando toda la *Renaixença* intelectual barcelonesa: el erudito Milà i Fontanals, el polígrafo Joan Cortada, el historiador Antoni de Bofarull, el dramaturgo Frederic Soler, el narrador costumbrista Emili Vilanova y el bibliófilo Marià Aguiló; no faltaban tampoco los bulliciosos republicanos: Abdó Terrades, Narcís Monturiol y Anselm Clavé.

La pequeña de la casa, Dolors, creció entre libros y fue temprano a la escuela, un hecho insólito para la época. Dolors había nacido en 1845, cuando solo hacía cinco años que había terminado la Primera Guerra Carlista, y solo tres del bombardeo ordenado por el general Espartero. La desgracia se abatió sobre la casa cuando murió el padre, en 1859, año de los primeros Juegos Florales, y el desamparo más crudo se abatió sobre Beatriu Vidal, la viuda, y Dolors, que solo tenía catorce años. Fue imposible mantener el taller del que dependían, y ambas se tuvieron que poner a coser y bordar para poder mantenerse. Todas estas experiencias de infancia y juventud nutrirán la obra narrativa de Dolors Monserdà, matriarca y pionera de las escritoras feministas de Barcelona.

Se casó con menos de veinte años con un joven platero, Eusebi Macià. Su empresa la compartía con su hermano, y la mantuvieron en la calle Argenteria, primero, y luego en la calle Ferran, una de las de más relumbrón, por desembocar directamente en la Rambla. Dolors tuvo cuatro hijos, pero se le murieron dos, al final sobrevivieron solo Angelina y Dolors. La

segunda, Lola, contrajo matrimonio con el futuro presidente de la Mancomunitat de Catalunya, Josep Puig i Cadafalch, brillante arquitecto e historiador del arte. El matrimonio Macià-Monserdà vivía en el paseo de Gràcia, esquina Consell de Cent, y allí es donde se celebró el convite de la boda entre Lola y Puig i Cadafalch, en 1892.

El pensamiento reformista de Monserdà, siempre vinculada a la burguesía liberal, tuvo continuadoras ilustres como Carme Karr y Francesca Bonnemaison. En 1879, Valentí Almirall le encargó la edición del suplemento de moda del *Diari Català*, cuya redacción estaba instalada también en la calle Ferran. En 1888, el año de la Exposición, Monserdà publicó *Poesies catalanes*. Sin embargo, sus aportaciones más relevantes fueron novelescas: *La Montserrat* (1893), *La família Asparó* (1900), que se agotó en un mes, *La fabricant* (1904), *La Quitèria* (1906), la única de ambiente rural, y *Maria Glòria* (1917). Su *Estudi feminista* es de 1909, y la recopilación de ensayos y artículos *Tasques socials*, de 1916. Dolors Monserdà hizo prologar sus libros por clérigos como estrategia para evitar roces con la sociedad bienpensante de la ciudad: *Estudi feminista* se publicó con un prólogo del capuchino Miquel d'Esplugues, mientras que *Tasques socials* incluyó un pòrtico del jesuita Ignasi Casanovas. La principal aportación de Monserdà al feminismo es la exigencia de que la mujer pudiera acceder a los estudios universitarios. La contrapartida de ello es que la mujer que se dedicara a trabajar tenía que renunciar al matrimonio, y si se dedicaba a estudiar debía convertirse en una «vestal incorrupta». Eugenio d'Ors leyó atentamente a Dolors Monserdà, y cuando diseñó el plan de bibliotecas públicas catalanas y la Escuela de Bibliotecarias, también exigió un nivel sacerdotal de castidad, aunque luego ironizara sobre las relaciones amorosas entre profesores y alumnas.

En ningún caso desafió Monserdà a los moralistas de su tiempo ni se planteó apartar su modelo de mujer de las atribuciones domésticas tradicionales, y sus continuadoras Carme Karr y Francesca Bonnemaison no se desviaron mucho de esta línea fundamental que tenía la educación femenina como principal caballo de batalla. En cambio, el feminismo rupturista, laico y

revolucionario de Teresa Claramunt tuvo herederas en las escritoras librepensadoras de Gràcia: Ángeles López de Ayala y Amalia Domingo Soler, a quienes visitaremos luego.

El 27 de marzo de 1869, nuevamente adornados por la *barretina* roja, partía del puerto de Barcelona otro contingente de Voluntarios de Cataluña. Esta vez no iban a Marruecos, sino a Cuba, para tratar de sofocar una insurrección nacionalista. En esta ocasión las cosas empezaron a complicarse, en un antecedente de lo que ocurriría en la ciudad cuarenta años después. En septiembre, el ministro de la Guerra, Joan Prim, decretó una leva de cuarenta mil jóvenes. Madrid y Barcelona empezaron a rugir contra las quintas, pero el general no se arredró y publicó la medida el 28 de marzo de 1870. La Diputación de Barcelona se ofreció a pagar la exención a todos los afectados de la provincia, pero el ministro de Gobernación, Práxedes Mateo Sagasta, se negó en redondo a aceptarlo. Cuando la noticia se supo en la Ciudad Condal, la plaza de Sant Jaume empezó a llenarse de manifestantes.

Los líderes republicanos (Valentí Almirall, Antoni Feliu i Codina, Innocenci López Bernagossi, Canut Millé, Salvador Alfonso y Pere Costa) se temían un desbordamiento revolucionario popular y decidieron no encabezar las revueltas que se olían en el ambiente. La rabia estalló el 3 de abril de 1870: una multitud obrera entró por la fuerza en el Ayuntamiento de Sants mientras se realizaba el sorteo de las quintas, que decidía quién debía ir a combatir a Cuba y quién no. El mobiliario de la sala, con la urna y la mesa y las sillas, salieron volando por la ventana. Un concejal murió a tiros y otro quedó herido en la garganta por arma blanca. Entretanto, otros insurrectos irrumpieron en la iglesia para tocar a somatén. En la fábrica España Industrial y en otros rincones quedaron instaladas barricadas populares. Por la noche se habían calmado los ánimos, pero habían muerto seis personas.

En el centro de Barcelona se levantaron barricadas con adoquines de la calzada, en el Raval y en el convento de las Capu-

chinas. Pero allí Almirall y los suyos actuaron como agentes del orden, sofocando la rebelión. Donde las cosas se agravaron mucho más fue en la Vila de Gràcia, a partir del 5 de abril.

La casa Gibert, un palacete amplio y achatado de tres plantas, fue la primera construcción del Eixample barcelonés. Se levantaba solitaria en un arenal con algunos árboles raquíticos en lo que luego sería la plaza de Catalunya. El Plan Cerdà no había dispuesto nada para aquel espacio fronterizo con el cual nadie supo qué hacer durante décadas.

Allí, en la casa Gibert, instaló su Estado Mayor el capitán general Eugenio Gaminde y Lafont, el 6 de abril de 1870. A unos metros de la casa, en el cruce entre el paseo de Gràcia y la calle Provença instaló también una batería de artillería que empezó a bombardear indiscriminadamente la Vila de Gràcia. Allí se había hecho fuerte la insurrección antimilitarista. Los artilleros intentaban por todos los medios derribar el campanario civil que se había construido entre 1862 y 1864, y que llevaba ya dos días tocando a somatén día y noche.

El capitán general tardó cinco días en alcanzar la torre, que desde entonces fue conocida con el nombre de *La Trencada*. Finalmente, tras tres días de bombardeos, cuatro columnas de soldados entraron en la villa decididas a pasar por las armas a los ocho mil republicanos rebeldes. No encontraron ni uno. De vez en cuando alguien les disparaba desde algún tejado, pero no ocurrió nada reseñable. Tras entrar en el ayuntamiento, dispuestos a deponer el gobierno municipal, solo encontraron al alguacil. Gaminde hizo venir a un puñado de vecinos y los nombró ediles. Aterrorizados, los vecinos tuvieron que aceptar el nombramiento. Su ejercicio duró ocho meses, tras los cuales dejaron la sede municipal con el mobiliario renovado y un superávit de ocho mil pesetas.

La torre-campanario de Gràcia (que se llamó primero *Marieta* y luego *Trencada*) pasó a ser un símbolo del republicanismo local. Durante sesenta y dos años se publicó el semanario satírico *La Campana de Gràcia*, luego también acompañado por su

revista escudero, que empezó a ver la luz en 1872, *L'Esquella de la Torratxa* (Brotons, 2015: 71-74). El municipio graciense, anexionado a Barcelona en 1897, se fue convirtiendo en un nido de elementos subversivos. En 1891 ya se había instalado en él el matrimonio formado por Teresa Claramunt y Antonio Gurri, fervientemente anarquista. Allí es donde Teresa empezó a destacar como oradora, en compañía de otras mujeres librepensadoras del momento: Ángeles López de Ayala y Amalia Domingo Soler.

López de Ayala, líder del librepensamiento anticlerical, había ingresado en la masonería en Madrid antes de instalarse en Barcelona, en el año 1890. Hasta 1918 fue la cabeza visible de todo un movimiento intelectual, y una de sus principales luchas consistió en que las mujeres pudieran incorporarse en pie de igualdad con los hombres en las logias. Algunos intelectuales y catedráticos apoyaban esta postura, como Odón de Buen, Anselmo Lorenzo y Cristóbal Litrán. Ella formaba parte de la logia La Constancia.

Junto con Amalia Domingo Soler fundó la Sociedad Autónoma de Mujeres, luego convertida en la Sociedad Progresiva Femenina (1898). En 1906 impulsaba la revista *El Gladiador*, que llegó en forma hasta la Semana Trágica. En el Congreso Internacional del Libre Pensamiento de 1910, López de Ayala y su correligionaria Laura Mateo se pronunciaron en contra del voto femenino, arguyendo que las mujeres aún no estaban preparadas para ejercerlo. López de Ayala cambió de idea en 1919, cuando curiosamente lo había hecho también la representante más destacada del feminismo rival, el católico y conservador: Carme Karr. En septiembre de 1917, en *Feminal*, Karr reclamaba sin ambages el sufragio femenino, y cuatro años después iba aún más lejos y fundaba la primera asociación sufragista de Cataluña. El grupo se llamó Acció Femenina, y funcionó paralelamente a la Asociación Nacional de Mujeres Españolas (1918), liderada por María Espinosa de los Monteros con el apoyo de María de Maeztu. En mayo de 1921, se produjo en Madrid una importante manifestación pro sufragio femenino.

Republicanism, federalismo radical, libertarismo y espiri-

tismo tuvieron en Gràcia su capital catalana hasta muy entrado el siglo xx. En 1888 se había celebrado en Barcelona el Primer Congreso Internacional Espiritista, y en 1889 mujeres republicanas librepensadoras y masonas, un nutrido contingente espiritista y publicistas anarquistas crearon la Sociedad Autónoma de Mujeres, que mantenía una escuela laica gratuita para mujeres. El espiritismo era subversivo porque osaba construir una cosmología espiritualista totalmente alejada de la ortodoxia católica romana y sus ritos de paso. En 1901, una incombustible Teresa Claramunt fundó la revista anarquista *El Productor*.

La ciudad se iba llenando de personajes curiosos. Como el de Monsieur Bidel, que se paseaba por las Ramblas junto a una leona que formaba parte de su zoológico privado. Este hombre del espectáculo había instalado a sus fieras en el llamado Prado Catalán, en el paseo de Gràcia, esquina Gran Via. Allí el público pudo admirar en 1877 su colección de maravillas vivas: cuatro hienas, un oso gris, un elefante y un mono. El ayuntamiento obligó a Bidel a ponerle un bozal a la leona, pero seguramente no lo necesitaba puesto que el felino cuidaba tiernamente de un corderito.

Otro gran extravagante fue el comediógrafo, periodista y filósofo Albert de Sicília Llanas i Castells, también amigo de Pitarra, quien tuvo la peregrina idea de instalar un volcán en la montaña de Montjuïc para celebrar las fiestas de la Mercè de 1879. El volcán era real como la vida misma, expelía fuegos artificiales y todo tipo de pirotecnia: humo en abundancia, lava artificial y mucho fuego y estruendo. Los barceloneses, maravillados, se reunieron en el llano de Santa Mònica y en las azoteas de sus casas para ver semejante prodigio. Me pregunto cómo limpiarían todo aquello luego... Llanas era cada noche el último barcelonés en meterse en la cama; a los amigos les decía que tenía que «cerrar la Rambla».

Diez años después pudieron verse más escenas pintorescas en un solar del Eixample, concretamente en la calle de Muntaner. El 18 de diciembre de 1889 desembarcó en Barcelona, en

el barco *Palma*, el circo de Buffalo Bill. Durante cinco semanas, entre Rosselló y Còrsega circularon caballos, indios ataviados con vistosas plumas, *cowboys* auténticos y hasta búfalos. La afición a los animales culminó el día de la Mercè de 1892, cuando fue instalado el Zoo de Barcelona en un rincón del parque de la Ciutadella. La fortaleza había caído derrocada tras la Gloriosa, en 1868. Hasta entonces las ejecuciones públicas se realizaron allí, y los barberos que afeitaban a los clientes que miraban hacia aquella dirección les hacían una rebaja por el servicio (Poblet, 1979: 36).

Los primeros habitantes del nuevo zoológico procedían de una granja de la Vall d'Hebron, en la parte más elevada de la ciudad, y formaban parte de la colección de Lluís Martí-Codolar. Por treinta mil pesetas, el ayuntamiento adquirió cuarenta y un mamíferos, ciento veinte aves y dos reptiles. El ejemplar más popular fue un elefante asiático que se llamaba *Baby*, pero al que los barceloneses llamaban «L'Avi», como luego a Francesc Macià. La iniciativa fue del coleccionista y taxidermista Francesc Darder, que dirigió el zoológico hasta el momento de su muerte, en 1918, víctima de una mordedura de serpiente (Brotos, 2015: 133).

Otras personalidades se dedicaban a cosas más prácticas: en 1882 el gobierno autorizó a través de un Real Decreto la instalación de redes de telefonía. El invento de Bell solo había tardado cuatro años en llegar al país. En 1884, el ayuntamiento procedía a conectar la casa consistorial con los bomberos y otras oficinas municipales. En el futuro, cuarenta años después, los hombres de la Mancomunitat catalana le darían el impulso definitivo a la red telefónica del país.

El 30 de mayo de 1882, *La Vanguardia* traía una noticia terrible: el cochero de un tranvía tipo *rippert* saltó sobre la plataforma de un tranvía y asesinó al conductor con dos tiros en la cabeza. Era la culminación del conflicto entre las primeras compañías municipales de tranvía y los transportes *pirata* que habían salido como hongos por toda la ciudad en la figura de los odiados tranvías *rippert*, tirados por caballos, que no necesitaban raíles

de hierro. Los vehículos oficiales perdían clientela y dinero con la innovación de 1882. Un antecedente de las luchas actuales entre taxistas y compañías de plataformas digitales sin licencia.

La primera línea de tranvía se había inaugurado diez años antes, el 27 de junio de 1872, y cubría el trayecto entre el llano de la Boquería y los Josepets de Gràcia. Gràcia era la localidad autónoma más grande de la periferia, con un marcado carácter propio. Los tranvías eran todos de tracción animal. El 18 de septiembre, se abrió el tramo entre la Boquería y la Barceloneta. En 1873, esta línea se ampliaría hasta alcanzar el Astillero. Luego, como había pasado con el ferrocarril, el crecimiento fue continuado: en 1874, el tranvía llegaba al Poblenou; en 1875, a Sants; en 1877 fue inaugurada la circunvalación del núcleo antiguo y, ese mismo año, llegó a los almacenes más alejados del puerto y al municipio de Sant Gervasi. A Sarrià llegó en 1879, a Badalona en 1873 y a Horta, subiendo la cuesta, diez años después.

La Rambla continuó siendo la arteria principal de la ciudad, animada y pintoresca. La literatura, tal y como nos cuenta el historiador Poblet, se ocupó de ella generosamente: «Es curioso que la llamada vía sacra haya sido cantada, tocando a la escena, por los dos comediógrafos más populares que ha tenido Cataluña —cada uno en su época—, que no son otros que Frederic Soler y Josep Maria de Sagarra. Y también que, precisamente, haya sido enaltecida teniendo por marco las mismas horas, o sea, las turbulencias de la revolución septembrina de 1868. En efecto, la obra lírica *La Rambla de les Flors*, entonces aún firmada por el seudónimo de Serafi Pitarra, fue estrenada en el Novedades el año 1870, mientras que el autor de *La Rambla de les floristes* la daba a conocer en las tablas del Poliorama en 1935, por bien que haciendo pasar su acción también dos o tres años antes de la Revolución de septiembre» (1979: 44). Destaca Poblet que tratándose de dos obras tan alejadas en el tiempo las dos trataran de explotar un idioma popular muy parecido. Aunque los tiempos cambiarían pronto: solo un año después del estreno de Sagarra, sobre el Poliorama montó guardia George Orwell armado con un fusil e integrado en las milicias del Partido Obrero Unificado Marxista de Andreu Nin.